



CRISTAL DE LUNA
VOLUNTAD Y PODER 1

Rubén Adelantado Turlo

CRISTAL DE LUNA
VOLUNTAD Y PODER 1



Primera edición: octubre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Rubén Adelantado Turlo

ISBN: 978-84-18544-00-2

ISBN digital: 978-84-18544-01-9

Depósito legal: M-25811-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Al tiempo que se fue, se va y se irá, pasado con el mejor de
los amigos y el peor de los enemigos.
A las historias que abrieron mis ojos y mi mente.
A las circunstancias que me permitieron crear.*

SONIDOS DEL BOSQUE

Sus pasos se detenían justo delante de aquel árbol de cuerpo pardo y brazos tupidos por la simiente germinada.

Un roble más pequeño que los demás se mostraba dándole la bienvenida cada mañana cuando el sol se reflejaba en sus ojos a través de las ramas aún jóvenes y fuertes.

La tez pálida y de formas finas sonreía justo antes de entrar a bucear en el mar verde que se perdía en lontananza. Daba sus pasos segura y tranquila con los pies desnudos sintiendo como las briznas de hierba se colaban entre los dedos de sus pies y los frotaban con suavidad.

El agreste terreno la hacía sentir como si caminara sobre raíces enormes que deformaban la tierra. Su cabeza imaginaba bajo sus pies un mundo de raíces. Siempre que veía una sobresalir para ser acariciada por el viento, la tocaba, la sentía; pretendía conocer algo más de lo que en ella había, del árbol del que nacía, hasta donde se extendía...

Los colores tomaban un espectro distinto cuando entraba en el bosque. Las capas intermedias entre An y el cielo creaban contrastes entre zonas sombrías e iluminadas por haces de luz cortados por las copas de los árboles. Las briznas de hierba se movían al compás del viento, mientras An avanzaba dejando constancia de sus pasos en la tierra húmeda por la mañana. Su mente estaba embotada de información que nadaba de un lugar a otro, observando la enorme cantidad de estímulos acumulados a su alrededor. Era imposible no fijarse en aquellos colores, en los pequeños movi-

mientos, necesitaba corregirse a ella misma para poder seguir andando hacia su destino.

Los árboles enhiestos parecían disponerse en hileras tiempo después de entrar en el bosque.

¿Lo hacen aposta?

Siempre se preguntaba lo mismo, pero en pocos segundos algo distraía su atención y volvía a dispersar su mente con otras cosas.

La entrada del bosque le marcaba un camino que ella seguía sin siquiera pensar, marcado por movimientos involuntarios que ejercían sus músculos. Continuaba sin mirar cuales eran los árboles que se lo marcaban, levantando el pie sin necesidad de ver lo que había debajo, incluso las piedras parecían formar parte de ella.

Pensaba y pensaba, sin distraerse en las pequeñas trabas del camino. El bosque le hablaba, con sus sonidos, con sus colores y sus siseos. Todo para que ella pudiera seguir perdida entre sus pensamientos demasiado enrevesados para exponerlos ahora. Por suerte, su destino quedaba cerca del bosque, justamente en la orilla, donde las ramas y los troncos terminaban.

Las faldas del bosque quedaban a su espalda y delante de ella se erguía un alto muro metálico que mostraba lo que habitaba tras él. Rejas poliédricas se unían dando forma a una cerca, la cual era complicado escalar.

Tenía suerte de tener las manos y los pies pequeños, lo que le permitía apoyarlos en aquellos espacios convertidos en asideros. Primero una mano, luego un pie; después la otra mano, y finalmente otro pie. Un sistema infalible que le funcionó para alcanzar la cima de la cerca.

Entonces apareció el verdadero problema: puntas afiladas en hilera muy cercanas unas a otras. No había espacio por el que pudiera evadirlas. Pasó su mirada de lado a lado, pero no vio otra solución.

Estaba demasiado alta para poder bajar. Un miedo inexplicable y que nunca había sentido apareció dentro de ella. Miles de sensaciones se mezclaban en su cuerpo aún inexperto. Quería llorar, quería pedir ayuda.

Su mirada se fijó en el bosque, y como cada vez que había caminado entre las hojas del otoño y escalado los árboles más pequeños en invierno para darles su propio calor ante la desnudez de sus ramas, se calmó. Cerró sus ojos, tomó aire hasta que sus pulmones no pudieron soportar la presión y lo soltó sutilmente. El viento le susurraba al oído mientras las ramas de los árboles animaban con el sacudir de las hojas. Un rumor débil se deslizó hasta ella.

Abrió los ojos y miró en todas las direcciones, pero nada vio en el jardín que aguardaba aquella cerca ni en las orillas del bosque. Todo vacío e iluminado por el refulgente sol. Sin embargo, había escuchado algo. No habían sido palabras, pero tampoco había sido un simple sonido. Estaba convencida de que alguien o algo había invadido su mente. Esperó y buscó la respuesta, sentía que necesitaba saberlo.

Al escuchar ese sonido, sus miedos y pensamientos negativos habían desaparecido.

Confundida pero segura, An olvidó aquella incesante curiosidad y recorrió lo que le quedaba hasta llegar a la cúspide. Movía sus manos posándolas sobre el frío metal que parecía dormir con los ojos abiertos, preparados para cualquier herida. Las afiladas aristas que imposibilitaban el avance de An se erguían como puntas de flecha listas para abalanzarse sobre su cuerpo.

El sol empezaba a levantarse allí en el este detrás de An, dejando atrás el cobijo de las montañas. Ella notó como su espalda se calentaba. Su mano, sin dudarlo, asió la punta de flecha y subió sus piernas hasta que quedó en una posición estable para pasar al otro lado. Cuando sintió que todo estaba donde tenía que estar, levantó la pierna izquierda para pasarla por encima. El filo se tiñó de sangre oscureciendo aún más su color cobrizo. El trozo de tela rasgado había caído en la parte de fuera, delante de los árboles.

Apretando los dientes y soportando el dolor, An pasó la pierna como había decidido desde un primer momento.

En medio de dos mundos solo tenía que rodear los salientes afilados con la pierna derecha y todo acabaría. Notaba como la

sangre se deslizaba por su pierna como lágrimas de dolor. Aguantaba el escozor como mejor podía, pero de sus labios solo salía el vaho de sus exhalaciones. No quería dejar que aquella cerca se vanagloriase por haberla hecho llorar, tenía que demostrar que era suficientemente fuerte para poder superar aquello.

El dolor físico y mental la acuciaba. La humedad nació en sus ojos para dar paso a un pequeño rocío que cesaría en el momento que pasó su mano por sus párpados cerrados. No pensó en lo que sintió en aquel instante, solo ocurrió. Una manifestación involuntaria de lo que se esconde dentro de un corazón desconocido.

Sus pies acariciaron el suelo como si de agua en un estanque se tratara. Llena de júbilo y olvidando todo lo acontecido anteriormente. Solo sabía una cosa: había ganado.

Orgullosa, continuó su camino a través del césped maltrecho. Hierbas y maleza que según se podía observar, nadie cuidaba.

Con la mirada al frente y sus pensamientos enfocados en lo que le depararía aquel día, avanzaba con un andar muy próximo a dar saltos. Delante de ella los setos reflejaban la luz del sol, convirtiendo aquellas hojas y plantas marchitas en una vegetación que parecía irradiar vida.

La tierra salía a su paso formando una franja que la encaminaba hacia un camino enrevesado.

Una senda que se perdía entre dos flancos de setos abundantes que hacían imposible ver hacia dónde avanzabas. Pero ella conocía el camino del laberinto. Muchas veces se vio perdida en el pasado; y muchas veces tuvo que recorrerlo de principio a fin para poder grabarlo en su mente. Las circunvalaciones se sucedían con pasillos que conectaban pasajes sin fin o con dudoso resultado.

Su mano acariciaba las hojas que la rodeaban como si un valle entre dos acantilados se tratara.

Notaba la humedad de la mañana, y cómo esta se perdía a medida que el sol remontaba hacia la plenitud de su día. La tierra seca apenas despedía polvo cuando sus pies se levantaban para volver a posarse.

Atravesaba las sombras y aparecía en la luz, salía de entre la hojarasca y se introducía en un camino ya perdido.

El viento parecía haber desaparecido, pero en algunas partes el aire parecía viciado, como si desprendiera un olor acre. Los minutos se sucedían hasta que los muros verdes por fin quedaron a sus espaldas.

Las colinas lejanas se reducían a meros peñascos ante sus ojos. Una catedral se erguía impertérrita, rodeada por aquellas flechas cobrizas.

Arcos y ventanas translúcidas con imágenes desconocidas para An llenaban la fachada; algunas de ellas muy lúgubres para su gusto. Piedra tallada en formas antropomórficas y en otras que también desconocía. Dos pináculos dominaban la puerta como colmillos en las fauces de un lobo hambriento.

An nunca podía definir el color de aquel edificio. Ahora la luz convertía su fachada en un gris plateado que parecía brillar, pero cuando el dosel del crepúsculo recubría el cielo, un color negro se mezclaba con franjas pardas para dar un aspecto totalmente distinto al lugar.

Además de las estatuas esculpidas en algunas zonas con inscripciones ilegibles para An, aquella construcción estaba rodeada por otras estatuas dispuestas en hileras a cada lado.

Sobre el jardín a pocos metros del camino, el mármol se mostraba en todo su esplendor. No se podía decir lo mismo de las figuras allí expuestas. Muchas de ellas cercenadas y mutiladas por varias partes de su cuerpo; desde la cabeza, hasta incluso toda la parte superior. El color blanquecino de los rostros cortados arrebatada toda la expresividad de su gesto.

La forma de los cuerpos impelía a erizar la piel, provocando una visión del cincel que había creado esos movimientos inanimados en la mano de un rostro perdido.

An siempre sentía tristeza por no poder conocer el nombre de la persona que pudiera transportar tal arte entre sus manos. Varias de las piezas residían cerca de su raíz, diseminadas por el maltrecho césped.

Por fin la puerta se mostraba frente a ella. La mañana había avanzado y unas nubes se acercaban desde el norte, pero sin aspecto amenazante. Al llegar delante de la puerta se vio sola.

Aún es temprano. Debo de haber hecho el recorrido en menos tiempo del que pensaba, se decía a la vez que se aproximaba a la escalinata de piedra para sentarse. La sombra proyectada por la piedra cubría la mayor parte de las escaleras.

An necesitaba sentir el sol. Era preciso encontrar ese calor en aquel momento. Hasta entonces había ignorado completamente el frío que la envolvía, sus manos temblaban mientras sus dientes castañecaban, a la vez que cubría su cuerpo con los brazos.

El sol subía, desnudando los peldaños de piedra. An ascendía a medida que la sombra se desplazaba. Ahora, sentada bajo la misma arcada de la puerta, esperaba impaciente ante el evidente retraso del mundo.

Las argollas sujetas por dos cabezas de ciervo parecían observar cada movimiento de An, pero ella no hacía más que escudriñar el límpido cielo de ese día hermoso.

Una bandada de pájaros se desplazaba hacia el sur buscando el cobijo de las campiñas cálidas.

—Me temo que llegas tarde. Ya no queda nada ni nadie aquí.

Un anciano se sostenía de pie en la entrada exterior. Una larga túnica sucia y desgajada le cubría desde sus hombros hasta sus pies desnudos. Con el pelo largo y rizado tapando su rostro, lo único que pudo llegar a ver An nada más bajó su mirada del cielo fueron unos labios casi morados que parecían balbucear algo incomprendible, entre una barba de varios días asomando entre ellos.

—Te equivocas, tienen que venir —respondió An con reproche.

Había accedido a responderle simplemente porque llevaba los pies desnudos como ella. Pero aun así no estaba convencida de cómo actuar.

No pretendía ser grosera, pero no le gustaba que aquel extraño aparecido de la nada viniera para soltarle una sarta de mentiras. A

pesar de aquella interrupción inesperada y el aspecto del anciano, no emergió en ella ningún sentimiento de temor hacia él.

Al principio las palabras le habían dolido, pero a medida que el silencio se extendía entre ellos, una sensación de pena la invadió, pero no pena por ella, sino por el anciano. Parecía cansado y perdido, además de deshidratado y desnutrido. No hacía falta ver debajo de aquel harapo que vestía; el viento se movía frágilmente marcando los espacios que había debajo de aquella vestimenta.

—La guerra se lo llevó todo, incluso la razón. Creo entender la situación en la que te encuentras ahora mismo, pero yo puedo ayudarte, y tú a mí también. No hace mucho que los dos hemos despertado.

Su carne se mostraba fina. Marcando mucho su mandíbula. Líneas provocadas por la edad recorrían los recodos de sus ojos.

El rostro del anciano asomó entre los rizos blancos. Unas extrañas marcas parecían surgir desde sus ojos hasta las mejillas. Los ojos azules pero perdidos, mostraban a un hombre que, a pesar de no tener el don de la visión, lo había visto todo.

An se levantó y bajó las escaleras con un paso aletargado. Nada más estuvo a unos dos metros del anciano, reconoció aquella mirada. Aquellos ojos eran los que habían presenciado su ardua tarea en las lindes del bosque.

—¿Quién eres y por qué te ocultabas? —preguntó sin ningún tipo de intención.

No sabía por qué hablaba con él.

Podía ver las venas azules y verdes que se marcaban por el cuello del anciano y algunas facciones de su rostro. Con la cercanía podía distinguir una piel agrietada y hundida. Se erguía con una leve chepa en la espalda, como si llevara tras de sí mucho peso. Entonces una parte de ella comprendió el estado de aquel que antaño fuera un hombre joven, incluso un niño como ella.

—Eso ahora mismo no tiene relevancia. Además, no soy yo el único que te observaba —dijo el anciano mientras trataba de poner una rodilla en el suelo jadeando levemente.

Ahora, mientras con la mirada perdida buscaba la voz de An, podía verse que la altura de aquel anciano sobrepasaba lo común.

—He sentido tu presencia, la única presencia prístina que revoloteaba entre las raíces.

—¿Las raíces?

—El bosque es su casa y la tierra su sustento. Procuran que tu respiración no desfallezca, y eliminan las escamas que se desprenden de tu cuerpo. Te dan sombra y cobijo. Dan su vida para proveer la tuya y no piden nada a cambio. Los árboles han mantenido viva tu esperanza, dejando tu recuerdo alterado para que seas incapaz de ver. Las raíces del árbol, como también los árboles. Sus ramas se bifurcan para crear los bosques que ahora te protegen. En la lengua *tilel* la palabra árbol y vida tienen el mismo significado.

Las palabras del anciano deberían haber tenido sentido para An, pero aún no podía comprenderlo.

An no conocía más lengua que lo que su mente traducía en acciones. Aun así, podía comunicarse sin problemas con el anciano.

—No entiendo nada de lo que me estás diciendo. Los árboles no pueden hablar, ni habrían podido criarme.

—Eso es lo que te dicen tus sentidos, ellos te rodean y desprenden de sus ramas el aroma que te hace como eres ahora, inocente y pura. Por eso quiero que nos ayudemos. No podría explicarte ahora ni quién soy ni de dónde vengo, porque ya has visto mi llegada, pero no mi partida.

La voz grave y solemne de aquel anciano hacía que An se acercara poco a poco a él. Sentía bondad y tristeza en aquella voz.

No paraba de mirar aquellos ojos como cristal empañado. Sus rasgos arrugados se esparcían por aquel rostro afable. Las marcas negras trazaban una línea horizontal debajo de sus ojos, para después caer en vertical hasta la comisura de sus labios. Parecían lágrimas marcadas con fuego y hierro.

An no hablaba. Miraba, pero no podía articular palabra. Algo dentro de ella se alteraba y el miedo crecía. Miedo de ella misma.

El anciano, al ver que la niña no respondía, trato de suavizar la conversación.

—Mi nombre es Mësdero, ¿el tuyo?

Una ráfaga de aire gélido se deslizó entre sus dos cuerpos. Un sonido más fuerte de lo común se levantó en aquel instante.

An empezaba a temblar un poco después de haberse recuperado mientras absorbía el centelleo incesante del Sol. Sin embargo, el silencio volvió a formarse a su alrededor y se dio cuenta de que aún no había dicho nada.

¿An?, se preguntaba mientras sostenía una mirada fija en el pavimento de piedra.

—An —respondió aparentando seguridad.

La voz llegó frágil y tímida a los oídos de Mësdero. Su boca se torció en una mueca de tragedia. Ahora entendía todo aquello por lo que había realizado este viaje.

—¿Podrás ayudarme, An? —preguntó el anciano.

Sorprendentemente, un gesto aletargado y simple de afirmación salió de An.

—Gracias —Su voz herrumbrosa y fatigada salía como una vaharada entre la nieve para disiparse entre una vida que le consumía—. El tiempo se ha agotado y no he tenido más remedio que acudir a ti, porque tú eres la única vida capaz de detener su muerte.

An no entendía nada de lo que aquel hombre mayor le decía. Observaba su rostro surcado por el tiempo, mientras sus ojos se movían ágiles y sin luz. Puso su mirada en un árbol situado detrás de la cerca de la entrada. A la izquierda del camino solo una de sus ramas parecía agitarse, pero el viento en aquellos momentos era escaso. El sonido llegaba leve y lánguido.

—Tenemos el tiempo justo hasta que lleguen, pero eso será después de que me respondas unas preguntas. ¿Estás de acuerdo?

¿Hasta que lleguen?, pensó An sin transmitir su inquietud a Mësdero.

El anciano se dio cuenta de que a An le costaba centrar su atención en sus palabras. Además, estaba seguro de que aquella niña

aún demasiado inocente no había entendido nada de lo que él explicaba. Sentía culpa al hacer aquello de esa manera, pero quedaba poco tiempo para salvarla.

—Bien, An. ¿Qué recuerdos tienes de tu vida?

—Pues... recuerdo mis paseos por el bosque, el cielo azul, las nubes, el viento, ...

—¿No recuerdas a nadie? —inquirió Mësdero.

—A quién tendría que recordar.

—¿Cuál es tu origen, An?

La pregunta salió de sus labios con dureza. Mientras aguardaba la respuesta, con dificultad, movió sus oxidadas articulaciones y se sentó cruzando las piernas. El silencio se postergaba demasiado esta vez. Ella lo sabía, pero no era capaz de recordar ningún nombre. Ni siquiera sabía más nombres aparte del suyo. Entornaba sus ojos mientras mantenía su mirada fija en el suelo.

Sus manos se juntaron para contraerse cada vez con más fuerza. Escarbaba y escarbaba dentro de su mente, incluso sabiendo que no era capaz de responder aquella pregunta.

—No voy a responder esa tontería —respondió An con un gesto de rabia en sus ojos.

—¿Tienes padres?

—Claro —declaró ella, esta vez sí, muy segura.

—¿Sabes sus nombres?

No hubo respuesta.

—¿Puedes contarme algún recuerdo que tengas fuera del bosque?

La seguridad de An se derrumbó. Los recuerdos parecían claros en su mente, pero explicarlos era complicado.

Algunas partes de su vida parecían difusas, mientras que otras eran relucientes.

No le gustaba que aquel anciano idiota le preguntara tantas tonterías. Claro que conocía el nombre de sus padres, y por supuesto que podía recordar cosas aparte de...

La cabeza empezaba a dolerle. Una fuerte presión emergió entre las cejas y sus párpados. Se llevó la mano al rostro tratando de

solucionar aquello de alguna manera. Los ojos de Mësdero, aún inservibles, estaban fijos en la niña. Sabía lo que ocurría dentro de ella. Conocía las consecuencias de disipar aquella niebla densa que la rodeaba. Sin embargo, y aunque le doliera, sabía que aún no debía intervenir.

Un lánguido jadeo salió de An. Ahora posaba sus dos manos sobre la sien dolorida. El dolor aumentaba y aumentaba, sin parar de acrecentarse. Gritos que ningún humano hubiera soportado brotaban de sus pulmones.

Se retorció en el suelo mientras con la mano golpeaba su cabeza para tratar de mitigar aquella tortura. La respiración se cortaba. Parecía que su esófago denegara la entrada de aire.

Mësdero se alarmó al ver aquella reacción.

Sabía lo que tenía dentro y lo que había nublado su mente, pero no pensó en una reacción de ese tamaño. Con rapidez y habilidad, se levantó para aproximarse a An. Sus movimientos parecían más propios de un guerrero que de un anciano aquilatado por la edad y el tiempo.

La niña convulsionaba golpeándose contra el pavimento de piedra. Mësdero sacó los brazos de la túnica para poder manejar mejor aquella situación. La carne pálida terminaba en la muñeca dejando todo el antebrazo negro azabache. Solo de cerca se podían distinguir aquellos símbolos y figuras tan extrañas.

Sostuvo la cabeza de la niña mientras la apretaba contra su cuerpo. Puso su mano izquierda sobre la frente y volcó todo lo que quedaba en él hacia la niña. En ese momento dudaba si sería capaz de soportar todo lo que había dentro de ella, y si su cuerpo no aguantaba, sus esperanzas morirían con ella.

Los músculos de la niña empezaban a detenerse. Su respiración se normalizaba y el color que había ido abandonándola volvió. Un iris rodeado de múltiples colores bailaba entre la nada. La mano de Mësdero notaba como la temperatura de An aumentaba taimadamente.

Los minutos se sucedían. El viento acariciaba las mismas figuras inamovibles bajo aquel sol meridional. Los ojos que descansa-

ban volvieron a su control. El anciano no podía ver aquellas dos luces que reflejaban el sol con una belleza incandescente, pero las podía recordar.

An se repuso. Se restregó los ojos con las manos como despertando de una pesadilla. Sentía como si hubiera corrido sin detenerse durante días.

Cuando depositó su mirada en aquellas manos antaño núveas no entendió nada. Sucias y con las uñas negras, sus manos no eran las mismas de antes.

Parecía que ahora pensaba con más claridad. Dentro de su ser no le sorprendía nada de lo que en ese momento estaba viendo, pero no por eso dejó de preguntarse dónde estaba. Sentía sobre ella la mano de aquel anciano que tantas preguntas le hiciese.

Se levantó del suelo, confundida, con Mësdero delante de ella sentado en el suelo.

Con una sonrisa apacible, Mësdero trató de transmitirle paz. Sintiendo un calor que se expandía dentro de ella, le devolvió la sonrisa; una sonrisa exhausta, pero una sonrisa. Los brazos de Mësdero asieron sus hombros transformando su sonrisa en un semblante serio.

—No voy a poder serte de más ayuda, An. En ti reside la última esperanza del árbol. No puedo explicarte todo lo que debería, pero sé que serás capaz de encontrarlo porque conseguirás ayuda. Pronto sabrás y entenderás el porqué de todo. —Mësdero puso un dedo en el centro de su pecho—. Tienes que ser tú la que descubra lo que hay dentro de ti.

Luego volvió a posarla en su hombro, y los dos se quedaron durante un momento quietos, sintiendo lo que había dentro de la persona que tenían delante. Las manos de Mësdero comenzaron a pesar mucho sobre los hombros de An.

Una mirada de soslayo le dio la respuesta: la piedra se extendía lentamente sobre su piel. Pero incluso las marcas inscritas en sus brazos se mantenían como esculpidas con cincel.

Un cuerno sonó en el oeste. Entonces An se percató de que la luz apenas caía sobre los árboles en lontananza. Las nubes cu-

brían el cielo en un palio gris y macilento. El sonido no cejaba; punzante e iracunda se mostraba aquella llamada. Gritos de hombres se deslizaban hasta ella. Cuando el cuerno dejó de sonar, el ruido de cascos de caballos se acercaba junto con el rumor de unas voces.

—An, no tengas miedo —An asintió nerviosa—. Lo único que debes hacer ahora es correr hacia el árbol donde encontrabas cobijo cada noche. ¿Lo puedes hacer? —La confusión la hizo dudar durante un instante—. ¿Lo puedes hacer? —volvió a preguntar Mësdero mientras sacudía a la niña para que reaccionara.

An entendió en aquel instante que más que una pregunta aquello era una súplica.

—Sí.

La palabra emergió de sus labios sin pensar.

—¡Ahora, corre! —exclamó el anciano mientras la piedra engullía su cuello.

An se dio la vuelta y corrió. Puso la mirada fija en el suelo a los pocos segundos. La ilusión se había difuminado para traer consigo la realidad diáfana. Nada quedaba en pie de aquella catedral erigida por desconocidos.

Piedra convertida en carne expuesta en la madera incrustada en tierra. Hombres y mujeres empalados se diseminaban por el jardín otrora verde. La sangre anegaba la tierra, donde aún flotaban partes cercenadas de los cadáveres expuestos. Aquella cabeza con el ojo ennegrecido parecía mantener su ciclópea vista en la niña que corría a través de la ciénaga de sombras.

Llegó a donde antes estuviera el laberinto de setos elevados. Nada más que piedra interrumpía ese camino. Nada de hierba, solo losa, sangre y cadáveres hundidos entre los escombros. Sin embargo, el camino que An tenía que seguir era el mismo.

Las voces llegaron pronto cerca de lo que quedara de la puerta de la catedral derruida. El golpeteo de los cascos de los caballos producía una sensación de temblor en la tierra que podía sentir con la planta de sus pies. Seguía el camino decidida y como siem-

pre lo había hecho. Acariciaba la piedra a la vez que intentaba evitar la imagen de aquellas personas sin vida.

Las nubes que tapaban el sol ahora prorrumpián en un grito de guerra que retumbó en el cielo. El olor a lluvia no tardó mucho en aparecer. Vio que las montañas del sur, justo delante de ella, eran imposibles de discernir. Un denso velo de tormenta las había condenado al ostracismo.

Corría tanto como podía hasta llegar al lugar donde antes sufriera para subir. Aún sentía la sangre seca en el muslo de la reciente herida.

Sus pies se detuvieron. La cerca hilvanada con lanzas de acero había perdido aquella dureza. De pronto, una parte de la valla había sido arrancada de cuajo. Podía ver justo la zona en la que el metal se había roto.

Sin pensarlo demasiado, atravesó corriendo el hueco dirigiéndose directamente hacia el bosque.

La luz estalló en un fugaz instante en el que pareció que la oscuridad se adueñaba del mundo. Gotas pequeñas se precipitaban desde el cielo. An levantó su rostro mientras avanzaba para ver cómo nacían las gotas. Acordándose de su situación, buscó el parapeto de aquel árbol tan querido.

Las voces avanzaban, pero ahora más lentamente. An traspasó el umbral del bosque. Allí se sentía más tranquila.

Nada más entrar, ya percibía la desaparición del olor acre de la muerte. La visión de raíces abruptas y nudosas, la hierba, las plantas, las flores, los frutos... La jaula en la que parecía haberse visto envuelta desaparecía.

La lluvia caía, colándose solo entre los claros diseminados por el bosque. Aun así, algunas de las gotas que caían podían llegar a ella; gotas fuertes y frías, demasiado frías.

Corría cada vez más veloz a medida que se veía más cerca de su destino. Los árboles quedaban atrás, sus ojos apenas podían dedicar una mirada de soslayo a aquellos seres. Sin embargo, la voz del viento se acrecentó y a cada paso que daba creía escuchar palabras. Lentas y alargadas como notas graves silbadas por la tierra.

Un grito llegó a sus oídos. Un hombre parecía haber elevado un grito de dolor y terror al cielo. Otro estruendo llamó su atención, como si una piedra hubiera caído desde la ladera más alta de la montaña. Las notas graves también se alzaron. El cuerno resonó en el bosque, pero su fuerza parecía haber disminuido.

An se había detenido cuando solo faltaban unos pasos para llegar hasta él. Pero no podía dejar de escuchar mientras escudriñaba en la lejanía. Robles enormes cerraban su visión de todo lo que ocurría.

Se mueven, pensó cuando vio los árboles que acababa de cruzar en posiciones diferentes. *¿Cómo?*

Otro rayo la sacó de su ensimismamiento. Se orientó y recorrió lo poco que quedaba hasta aquel árbol. Llegó con las piernas exhaustas y un dolor espantoso en todas las partes de su cuerpo. Se acercó al tronco y reposó su cuerpo en la madera. Estaba demasiado cansada para poder seguir con todo aquello. Ya no sabía qué tenía que hacer.

Alzó su mirada. El sonido de las ramas se deslizaba entre las hojas, cuyo pliegue recogía las gotas con un sonido melodioso que se entremezclaba con el viento. Cerró los ojos durante un momento.

Sus párpados se abrieron de nuevo, alertados por la situación. Pero todo seguía igual nada más abrirlos a los pocos segundos.

Sus ojos reflejaban ahora el fuego que parecía estar extendiéndose en el bosque. El humo ascendía próximo al camino que ella tomara. Las llamas se acercaban rodeándola. El calor rozaba su piel como ella misma hiciera con las hojas en el seto del laberinto. Derribando madera y convirtiendo en ceniza todo ser viviente, nada escapaba de aquella furia.

Como si tuvieran vida, las llamas se desplazaban como hombres incandescentes que corren entre los árboles. Un sonido gutural se aunaba en una misma voz.

Los árboles se sacudían y el sonido de las ramas rompiéndose se multiplicaba a cada paso del fuego. An se arrinconaba y presio-

naba su espalda contra el árbol. Notaba su rugosidad y dureza. Sus manos repasaban los surcos del tronco.

Pensó que la lluvia, que ahora había disminuido, al menos apaciguaría aquel fuego. Pero nada ocurría y las llamas continuaban consumiendo vida a su alrededor.

Perdida y sin lugar donde huir, trató de abrazar la muerte que venía en su busca. Sentía su final como algo que pensaba asumir a corto plazo. Separó las manos del árbol para después dar un paso adelante. No sabía lo que hacía, solo se dejaba llevar.

Miró el fuego y hundió su mirada en las llamas iridiscentes que danzaban a su alrededor, hundiéndola hasta la más primigenia chispa que levantara aquella tormenta.

Unos ojos llenos de sangre saltaron encima de ella. La mano roja del fuego se levantó como las olas contra los acantilados y arremetió con fuerza.

An sintió furia al ver aquellos ojos que parecían orgullosos y altivos; como pozos negros sin fondo en los que no hay más que cadáveres y carne putrefacta esperando para ser consumida por su necesidad de poder.

Un punto blanco destacaba en medio de aquellos ojos. Parecía algo reprimido y antiguo, una marca peor que la del fuego.

Las llamas se acercaban con violencia mientras ella se mantenía en pie, con aquella tela andrajosa que cubría su delgado cuerpo; como una diosa que se enfrenta al poder que creía propio.

Algo golpeó a An y la lanzó contra el árbol. Cayó al suelo emitiendo un quejido. Había golpeado de lleno en el lado derecho de su cuerpo, y ahora la parte abdominal le ardía de dolor.

Pero cuando pudo ver lo que ocurría en ese momento, no pudo más que llorar. El árbol había lanzado sus ramas contra el fuego, cerrándole el paso. Las ramas se alargaban para hundir sus hojas entre las llamas.

Aquel árbol era diferente y apenas ardía. Una batalla encarnizada se desató. An pudo escuchar perfectamente aquel sonido; la voz de los árboles rugiendo en la batalla. Los choques producían llamaradas que incluso quemaban la piel de An.

Sostenía su cuerpo contra el árbol sufriendo un dolor que jamás hubiera imaginado. Ahora aquella herida en la pierna mientras saltaba la empalizada era un simple rasguño. La impotencia invadía su cuerpo. Los árboles estaban muriendo por ella. De sus ojos brotaron lágrimas, lágrimas que pesaban más que cualquier remordimiento.

Gritó hasta que su garganta se quebró. No entendía nada de lo que ocurría, pero al mismo tiempo acababa de descubrir la verdad. La penumbra entraba en ella a cada segundo que observaba su entorno.

Los árboles durarían poco, las hojas ya ardían y el fuego no tardaría en extenderse. El suelo se levantó al lado de An y las raíces salieron como tentáculos.

Tenía que hacer algo, no podía quedarse mirando aquel espectáculo de llamas y madera ardiendo. Decidida, trató de correr hacia allí.

Poco duró su ayuda, ya que una rama la detuvo empujándola otra vez contra el tronco para después volver en ayuda de sus coetáneas.

An no pudo más que despedirse. Se dio la vuelta y rodeó con sus brazos el tronco de aquella vida que se consumía por ella. Las lágrimas bañaban los surcos, fútiles ante tanto fuego. Sintió calor dentro de ella, así como dentro del árbol. No podía abrir los ojos, parecía que todas las sombras del mundo la hubiesen rodeado. Sentía cómo las ramas se lanzaban y replegaban ante aquella vorágine de sangre llameante.

Aquello duró poco. Las hojas caían y el viento engrandecía la llama. An podía sentir cómo la vida con la que acababa de mimetizarse llegaba a su fin.